

Me dispongo a la oración leyendo y dejando que resuenen estos textos

Por miedo al compromiso se pasa insensiblemente ante las más horrendas miserias. Por miedo a las represalias parecen lícitas todas las cobardías. Por miedo al «qué dirán» creemos necesario transigir con todas las justicias. Miedo al pasado, al presente y al porvenir. A los de arriba ya los de abajo. Al ejército rojo y a la bomba de hidrógeno. A los próximos y a los remotos. Miedo universal y enciclopédico.
(Rovirosa, OC, T.V. 537)

La tempestad desenmascara nuestra vulnerabilidad y deja al descubierto esas falsas y superfluas seguridades con las que habíamos construido nuestras agendas, nuestros proyectos, rutinas y prioridades. Nos muestra cómo habíamos dejado dormido y abandonado lo que alimenta, sostiene y da fuerza a nuestra vida y a nuestra comunidad. La tempestad pone al descubierto todos los intentos de encajonar y olvidar lo que nutrió el alma de nuestros pueblos; todas esas tentativas de anestesiar con aparentes rutinas “salvadoras”, incapaces de apelar a nuestras raíces y evocar la memoria de nuestros ancianos, privándonos así de la inmunidad necesaria para hacerle frente a la adversidad. Con la tempestad, se cayó el maquillaje de esos estereotipos con los que disfrazábamos nuestros egos siempre pretenciosos de querer aparentar; y dejó al descubierto, una vez más, esa (bendita) pertenencia común de la que no podemos ni queremos evadirnos; esa pertenencia de hermanos. (Francisco, Momento extraordinario de oración. 27 marzo 2020)

Desde los textos, me situó en la vida.

En este tiempo hemos podido ser más conscientes de nuestros miedos; de los que nos visitan cada día y de aquellos que habíamos silenciado, pero están ahí. Conscientes de los miedos que alimentan nuestras tendencias egoístas, y terminan por encerrarnos en nosotros mismos, por recentrar mi existencia en torno a mí.

Me hago consciente, una vez más de esos miedos, que me paralizan, me cierran a los otros, me deshumanizan... me hago consciente de sus raíces, orando.

Quien tenga miedo

Quien tenga miedo a andar,
que no se suelte de la mano de su madre.
Quien tenga miedo a caer,
que permanezca sentado.
Quien tenga miedo a escalar,
que siga en el refugio.
Quien tenga miedo a equivocarse de camino,
que se quede en casa...

Pero quien haga todo eso
ya no podrá ser hombre
no podrá ser mujer,
porque lo propio del hombre y la mujer
es arriesgarse.

Podrá decir que ama,
pero no sabe amar,
porque amar es ser capaz de arriesgar por otros.

(Julián Ríos, adaptada)



Palabra se pronuncia en mi vida

Mateo 10, 26-33.- No tengáis miedo

No les tengáis miedo, porque nada hay encubierto, que no llegue a descubrirse; ni nada hay escondido, que no llegue a saberse. Lo que os digo en la oscuridad, decidlo a la luz, y lo que os digo al oído, pregonadlo desde la azotea. No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma. No; temed al que puede llevar a la perdición alma y cuerpo en la gehenna. ¿No se venden un par de gorriones por un céntimo? Y, sin embargo, ni uno solo cae al suelo sin que lo disponga vuestro Padre. Pues vosotros hasta los cabellos de la cabeza tenéis contados.

Por eso, no tengáis miedo: valéis más vosotros que muchos gorriones. A quien se declare por mí ante los hombres, yo también me declararé por él ante mi Padre que está en los cielos. Y si uno me niega ante los hombres, yo también lo negaré ante mi Padre que está en los cielos.

Palabra del Señor

Palabra del Señor

Acojo en mi vida la Palabra

Hay miedos muy humanos: a la enfermedad, a la muerte, a vivir en soledad, a la debilidad del envejecimiento; a no ser querido por los demás, a no ser alguien para los demás; a la pobreza, a la precariedad, al desempleo; a lo conocido por conocido, y a lo desconocido por desconocido; miedo al presente y al futuro, miedo al conflicto; miedo a comprometerme, a arriesgar, a lo permanente o definitivo en la vida... miedo a sembrar sin cosechar... miedos que nacen de nuestra vulnerabilidad, de nuestra indigencia... del individualismo que nos hace vivir sin poder –o sin querer- contar con los demás. Miedos que, para los creyentes, tiene mucho que ver con la debilidad de nuestra fe, y para todos tienen que ver con la incapacidad de amar, y de dejarnos amar.

Y, además del miedo individual, crece en nuestro mundo –y más ahora- el *miedo social*: la sospecha, la inseguridad, el defendernos del otro que deja de ser hermano para convertirse en competidor, en rival. El impulso de salvarnos por nuestra cuenta, aunque sea dejando atrás a los más vulnerables. Un miedo social porque percibimos a las instituciones en su incapacidad de servir a las personas y al bien común, incapacitadas para afrontar y resolver problemas graves de fondo. El miedo que produce esta política, esta economía, esta cultura...

Ante ese miedo también tenemos el riesgo de reaccionar equivocadamente en la búsqueda de salidas sociales: desde el consumo que nos hace olvidar, no afrontar la realidad, a la pasividad o la resignación, o la añoranza de situaciones totalitarias y la búsqueda desenfadada de falsos mesías, de populistas salvapatrias... en estas búsquedas nuestra fe puede quedarse olvidada por el camino.

El miedo es lo contrario al amor, y si falta el amor, falta la fe. Cuando nuestra vida no está habitada por esa consciente experiencia cotidiana del amor de Dios, somos vulnerables a toda contrariedad. El miedo imposibilita construir una sociedad más justa, humana, fraterna y solidaria.

La insistencia, por tres veces, de Jesús en este evangelio es precisamente: “No tengáis miedo”. Y la razón para no temer es la confianza en el Padre, la confianza que nace de la experiencia amorosa de Dios en nuestra vida, del sabernos y sentirnos amados por Dios, del dejarnos amar por él. Es este amor el que es digno de crédito y fe. Es la experiencia de este amor en nuestra vida la que nos hace osados para creer – confiar, superando el temor, y dejándonos abrazar por la ternura de Dios, y empujados por la fuerza del Espíritu Santo que nos habita. Tenemos un Dios Padre-Madre que cuida de nosotros, para quien valemos más que todo. Un Dios que nos escucha y responde, como rezamos hoy con el Salmo 68: con la bondad de su gracia, por su gran compasión. Que nos escucha con bondad para ayudarnos en su fidelidad.

Hoy podemos redescubrir y experimentar la alegría de los humildes al contemplarlo, el renacer de nuestro corazón al buscarlo.

En mi proyecto de vida puede haber la necesidad de dar pasos que, sin embargo distintos miedos, paralizan. Identifica esos miedos, confíate al amor de Dios, y de su mano plantéate que pasos necesitas dar para superarlos, para transformarlos en actitudes de vida, de entrega, de esperanza.



Adora y confía

No te inquietes por las dificultades de la vida,
por sus altibajos,
por sus decepciones,
por su futuro más o menos sombrío.
Desea aquello que Dios desea.
Ofrécele en medio de inquietudes y dificultades
el sacrificio de tu alma sencilla que,
pese a todo, acepta los designios
de su providencia.
Poco importa que te consideres un frustrado,
si Dios te considera plenamente realizado;
a su gusto.
Entrégate con confianza ciega en este Dios
que te quiere para Él.
Y que llegará hasta ti,
aunque no le veas nunca.
Piensa que te encuentras en sus manos,
más fuertemente sostenido,
cuando más decaído y triste te encuentres.
Vive feliz. Te lo suplico.
Vive en paz.
Que nada te turbe.
Que nada sea capaz de quitarte tu paz.
Ni el cansancio psíquico.
Ni tus fallos morales.
Haz que surja,
y conserva siempre sobre tu rostro,
una dulce sonrisa, reflejo de aquello
que el Señor continuamente te dirige.
Y en el fondo de tu alma coloca,
antes que nada,
como fuente de energía y criterio de verdad,
todo aquello que te llene de la paz de Dios.
Recuerda:
Todo aquello que te reprima e inquiete es falso.
Te lo aseguro
en nombre de las leyes de la vida
y de las promesas de Dios.
Por eso, cuando te sientas afligido, triste,
adora y confía.

(Teilhard de Chardin, sj)



Y para vivir lo que pido, ofrezco mi vida, unida a la de los pobres.

Señor Jesús, te ofrecemos todo el día nuestro trabajo,
nuestras luchas, nuestras alegrías y nuestras penas.

Concédenos, como a todos nuestros hermanos de
trabajo, pensar como Tú, trabajar contigo y vivir en Ti.

Danos la gracia de amarte con todo nuestro corazón y
de servirte con todas nuestras fuerzas.

Que tu reino sea un hecho en las fábricas, en los
talleres, en las minas, en los campos, en el mar, en las
escuelas, en los despachos y en nuestras casas.

Que los militantes que sufren desaliento permanezcan
en tu amor. Y que los obreros muertos en el campo del
honor del trabajo y de la lucha, descansen en paz.

María, Madre de los Pobres,
Ruega por nosotros

